

CORRESPONDENCIA ENTRE IRVING LEONARD Y JOSÉ TORRE REVELLO EN TORNO AL LIBRO

JOSÉ MARÍA MARILUZ URQUIJO
ripomar@yahoo.com.ar
Academia Nacional de la Historia
Argentina

Resumen:

El autor comenta la vinculación entre los historiadores Irving Leonard y José Torre Revello en base a una documentación inédita que se encuentra en su poder, y resalta la común vocación sobre los libros y la historia cultural de la que, en esa época, fueron pioneros. Este interés compartido dio origen a una verdadera amistad entre ambos.

Palabras claves: Leonard, Torre Revello, Historia Cultural, Libros.

Abstract:

The author comments the connection between the historians Irving Leonard and Jose Torre Revello on the basis of an unpublished documentation in his possession, and highlights the common vocation on the books and the cultural history in those times, in which they were pioneers. This shared interest gave rise to a true friendship between both of them.

Keywords: Leonard, Torre Revello, Cultural History, Books.

Fueron dos personas de muy distinta procedencia y formación, pero unidas por el común amor al libro.

El argentino José Torre Revello se había visto forzado a abandonar la escuela primaria para trabajar como canillita hasta que pudo ingresar como ayudante en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras y luego, como escribiente supernumerario, en la Sección de Historia de la misma. Esos años de duras penalidades económicas habían sido también de desordenada pero acelerada formación. Tironeado por distintos intereses, se asoma con pasión a toda clase de actividades culturales. Lee cuanto puede, ejercita su destreza en el dibujo y se inicia en las técnicas de la pintura al óleo y del grabado. Y tiene el privilegio de absorber las enseñanzas informales que fluyen de su contacto con los integrantes y colaboradores de la Sección de Historia de la Facultad

donde presta sus servicios. Carlos Correa Luna, Emilio Ravignani, Juan Canter, Diego Luis Molinari, Ricardo Levene, formaban un grupo coherente antes de que la vida política argentina los distanciara. Todos coincidían en el rechazo de una historia carente de base documental y en la convicción de que no podría avanzarse en el conocimiento de nuestro pasado sin haber explorado las fuentes conservadas en los archivos provinciales y del extranjero. Varios sondeos, y en especial la primera misión de Gaspar García Viñas, probaban que en España existía una cantera riquísima de indispensable consulta para cualquier estudio sobre la época colonial. Cuando en 1918 la Facultad decidió enviar una misión a la Península abundaron los candidatos, pero - según relata el P. Furlong - la exigüidad del sueldo ahuyentó a los competidores y dejó solo a Torre Revello, quien partió para Sevilla, donde permaneció diecisiete años, convirtiéndose en uno de los mejores conocedores del Archivo General de Indias.

En cambio, el norteamericano Irving Leonard era un *scholar* que, tras prepararse seriamente en la Universidad de Yale, y después de realizar algunos viajes de estudio, había conseguido apoyo para llevar a cabo investigaciones en archivos españoles durante los años 1930-1931. Fue en el Archivo de Indias donde conoció a Torre Revello, con quien anudó una amistad que se prolongaría por muchos años. En 1933 le envía a Torre su obra sobre los libros de caballería y embarques de libros para América, fruto de su estada en Sevilla, y mantiene con su amigo una constante correspondencia. Hace años conseguimos cerca de un centenar de cartas de Leonard fechadas entre 1937 y 1955, y la copia de algunas de las contestaciones de Torre.

En esas cartas de Leonard no hay comentario alguno sobre la política argentina, pese a que se había producido un acontecimiento tan importante, como el advenimiento de peronismo, y escasean las alusiones a la política estadounidense. Apenas recuerda la "política del buen vecino" de Roosevelt, que mira con evidente simpatía, y luego algunas pocas menciones sobre la abrumadora tragedia de la Segunda Guerra Mundial a la que pretende olvidar mediante una suerte de escapismo intelectual. El dieciocho de setiembre de 1939 escribe que es muy difícil dedicarse a la investigación de la historia de una época pasada cuando la historia contemporánea se desenvuelve de una manera tan sangrienta, pero dice "me parece que, para no volvernos locos, es preciso meterse en las cosas de otros días".

Leonard tiene una visión muy crítica sobre algunos aspectos de la cultura de su país. Cuando, después de varios años de ausencia, regresa a la ciudad de México la encuentra cambiada por la influencia yanqui y comenta que no tiene

motivo alguno para sentirse orgulloso de ese cambio. Y en 1947 le cuenta a su amigo: “anoche fui al cine donde se proyectaba una película argentina muy buena titulada *Donde mueren las palabras*. Dicha película aventaja en mucho a las atrocidades que Hollywood sigue echando al mundo para dar a mi pueblo una propaganda muy nociva”.

A medida que pasan los años, menudean las referencias a las dolencias que han empezado a aquejar a ambos. Pero, repetimos, el tema central de la correspondencia es el del libro. Se alegra de que sean “locos del mismo tema”, si se permite esta perversión del muy conocido refrán “cada loco con su tema”. Y más de una vez vuelve esa especie de complicidad frente a una cuestión que seduce a los dos. Intercambian libros, separatas y recortes periodísticos. Torre Revello le dice que ha habilitado un estante de su biblioteca para ubicar los trabajos de Leonard y éste establece lo que llama colección Torrerreveliana, que crece a un ritmo arrollador. Se informan puntualmente sobre sus investigaciones y estudios en vías de realización y, en caso necesario, piden auxilio al colega. Así, cuando Leonard tiene que referirse al *Lazarillo* de Concolorcorvo, recurre a Torre para conocer un artículo del argentino Walter Bose que ha visto citado pero no puede encontrar. Ante la noticia dada por Torre de que Pedro de Mendoza consolaba sus desventuras con libros de Erasmo y de Virgilio, le pregunta si se conoce algo más sobre la biblioteca del primer fundador de Buenos Aires.

Siguen paso a paso la elaboración de sus obras mayores. Desde 1938 Leonard espera con “verdadera impaciencia” el trabajo de Torre sobre los libros e imprenta en la colonia, por ser ese su “asunto predilecto”. Y, cuando al fin recibe la obra *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, le escribe a su autor:

A la lectura de su grandioso estudio estoy dedicado con el entusiasmo y el interés que se puede suponer. Tengo la seguridad de que entre sus muchos lectores no tendrá otro más entusiasmado y conmovido que su seguro servidor. Ha realizado usted unas investigaciones verdaderamente monumentales y [a] esta obra me inclino a colocar entre las obras maestras de investigación histórica de nuestra América. Con su vasta documentación, el gran acopio de datos encerrados tanto en las abundantes anotaciones como en el texto mismo, la amena lectura de éste y el abultado apéndice de valiosos documentos casi todos inéditos, su obra constituye una especie de cantera, a estilo de José Toribio Medina o Menéndez y Pelayo, que todos los investigadores y estudiosos de la historia cultural de América van a explotarla como una veta riquísima.

Además, Leonard redactó una extensa reseña en la *Hispanic Review*. Tres años después, al recibir las *Crónicas del Buenos Aires Colonial*, le dice que “para mi es usted un José Toribio Medina argentino, con una riqueza bibliográfica que puede parangonarse con la del ilustre chileno. Como rindo un culto fervoroso a éste, sabrá usted apreciar la magnitud del elogio”.

Por su parte, Leonard le transmite sus tribulaciones con respecto a su libro *The books of the brave*, que la Harvard University Press ha aceptado incluir en su programa editorial, pero que demora en entrar en prensa y de cuyo apéndice documental lo ha forzado a prescindir por razones de economía. Se muerde los labios de impaciencia, pero no puede hacer otra cosa que tener paciencia y barajar. Cuando finalmente llega a manos de Torre Revello, éste le dedica una nota bibliográfica en la revista *Estudios*, firmada con el seudónimo de Julián Segundo Garcés, en la que lamenta la omisión de la documentación que hubiera debido respaldar sus conclusiones. Por cierto que esa observación no podía molestar a Leonard sino que más bien le serviría de apoyo para que, al gestionar la versión castellana, pudiera exigir la publicación de lo que faltaba en la edición en inglés. Cuando en 1953 el Fondo de Cultura Económica publica la traducción castellana con el título de *Los libros del conquistador*, Irving Leonard se declara satisfecho. Dice: “Me parece una edición bastante exacta y esmerada y me quedo muy contento con mi trabajo en traje castellano”.

Él consideraba su libro como complementario de las investigaciones de Torre Revello. Uno de los logros de éste último había sido probar documentalmente que, no obstante la Real Cédula de 1531 que había prohibido el pase a América de historias fabulosas como el Amadís, ni la Casa de la Contratación ni la Inquisición habían obstaculizado el traslado de libros de caballería como los del ciclo del Amadís de Gaula o del de Palmerín.

Ahora Irving Leonard, especialmente interesado en la relación entre la literatura y los hechos humanos, y de apreciar cómo los libros habían sido instigadores inconscientes de las acciones humanas, retoma el tema de los libros de caballería para sostener que más que el Amadís influye *Las sergas de Esplandián*, que revive el viejo tema de las amazonas, encendiendo la fantasía de los conquistadores españoles.

En una época en la cual casi todos los historiadores se ocupaban de hechos políticos y militares del pasado y empezaba a despuntar el interés por la historia económica, ambos amigos dirigen su atención a la historia cultural y, en particular, a las bibliotecas y a la circulación del libro. En el gremio de los historiadores norteamericanos - relata Leonard - empieza a hablarse de una

escuela especial integrada por el trío Torre Revello-Leonard-Lanning, que están roturando un campo nuevo.

Acaso muchos europeos y americanos de hoy ignoren el papel pionero que desempeñaron Torre y Leonard, pero ellos tenían acabada autoconciencia de lo que habían hecho. En carta del 8 de enero de 1948, el norteamericano alude al creciente interés que despierta el tema de las bibliotecas y los libros coloniales y agrega: "creo que las investigaciones de usted y, quizás, las mías han jugado un papel muy importante en esto. Es motivo de orgullo hallarme a su lado en este empeño". Y en 1952, Torre Revello escribe a su corresponsal que

ahora son muchos los que siguen nuestras huellas. Parece que el destino lo hubiese elegido a usted en el norte y a mí en el sur para despertar el entusiasmo por los temas culturales en tantos jóvenes de extraordinario talento que han tomado [...] esos asuntos que antes tan sólo uno que otro solitario se atrevía a emprender.

Otra cuestión que suscita la atención de Leonard es la del teatro colonial, y eso lo lleva necesariamente a encontrarse con José Luis Trenti Rocamora. Éste le envía su libro sobre ese tema, y Leonard escribe una nota bibliográfica sobre "nuestro común amigo", según anuncia a Torre quien seguramente le había indicado que se lo remitiera.

Como al cabo de un tiempo Leonard se preocupa por no tener noticias de Trenti, Torre lo tranquiliza diciéndole "que el amigo Trenti Rocamora sigue con el ímpetu juvenil de siempre en sus estudios sobre el teatro".

Los escasos momentos de ocio de los dos amigos se reparten de una manera diferente. Torre Revello pinta y dibuja, a veces para ilustrar algunos de sus trabajos, como un folleto del barrio de Santa Cruz, el más típico de Sevilla. Leonard, que lamenta no tener los dotes artísticas de Torre, se refugia con su "esposa, acompañados de los gatos familiares", en su granjita de New Hampshire para disfrutar de la vida sencilla y campestre, hacer trabajos de albañilería, escribir sus trabajos y prepara las clases del próximo curso.

Alejándonos de la correspondencia y del estilo epistolar que impone fórmulas corteses, es posible saber lo que Torre pensaba en su fuero íntimo sobre su colega. En su diario personal, que permanece inédito, salvo algunos pasajes dados a conocer por el P. Furlong, enumera a varios hispanistas estadounidenses que ha conocido y agrega:

líneas aparte merece un compatriota de los hispanistas mencionados, el profesor Irving A. Leonard, que desde hace años en forma regular y continuada sostiene conmigo correspondencia. Hombre modesto pero de profundo saber, generoso siempre al juzgar la obra ajena, en la que si advierte los errores también sabe hacer resaltar los valores positivos.